

http://www.revistaen.clarin.com/arte/rebelion-Didi-Huberman_0_1685831425.html

- ARTE
- 17/11/16

La rebelión según Didi-Huberman

Biografía de la insurrección. El ensayista y curador francés aborda en su muestra “Soulèvements” la iconografía de las luchas populares.

POR **MARIANO HORENSTEIN. DESDE PARIS**



Gilles Caron. Manifestaciones anticatólicas en Londonderry, 1969.

- Etiquetado como:
 - [Edición Impresa](#)
- MÁS INFORMACIÓN**

- [Formas de decir NO](#)

-Eres judío, ¿no?

–Sí.

–¿Cómo piensas entonces tu oficio, siendo que las imágenes están proscriptas en el judaísmo...?

–Es que amo el sacrilegio.

El breve intercambio de palabras sucede casi casualmente en el metro, luego de haber bebido. Acababa de terminar el cocktail con el que se inauguró –en el Palacio

Talleyrand– la que probablemente sea la muestra más importante del año en París, la del Jeu de Paume.

Quien responde es Georges Didi-Huberman. Además de filósofo, es historiador de las imágenes, probablemente el mejor de todos. Solo que, contra lo que podría pensarse, historia no el pasado sino el presente. Quizás también el futuro.

Hay una verdad que no se revela sino después del alcohol. Y es claro que la verdad de Georges Didi-Huberman, autor de una muestra antológica, *Soulèvements*(levantamientos), es la del sacrilegio.

Con empeño sacrílego, Didi-Huberman recupera y lleva un paso más lejos lo mejor de su linaje, esa genealogía de interlocutores lúcidos, de recolectores de síntomas y residuos visuales de la contemporaneidad como Walter Benjamin, Aby Warburg o Erwin Panofsky, también judíos iconoclastas. Si Paul Celan estaba en lo cierto, sólo hay fidelidad en el traidor. Didi-Huberman traiciona, y sólo así es fiel a una tradición oculta en levantamientos de toda laya, la de los pueblos que batallan por hacerse visibles.

Para Didi-Huberman, el modo de concebir y practicar la historia de las imágenes es también una forma de militancia. Su apuesta no es sólo estética sino también ética, una botella lanzada al mar; su muestra en sí misma es un levantamiento y su trabajo, pedagógico: “La constitución de una memoria alternativa”, una memoria basada en la potencia de “aquellos de los que no se sabrá jamás el nombre”.

Didi-Huberman es pequeño, con lúcidos ojos celestes que escrutan el mundo tras sus gafas. Quizá por ello –cómo decirlo– la muestra que pergeñó es gigantesca, se infiltra por toda grieta posible para dar cuerpo a la idea fértil de lo que se levanta: materiales que se levantan y vuelan, brazos que se levantan y luchan, palabras que se levantan y así se hacen oír, masas que se levantan y acaban con dictadores.

El curador ha tenido la habilidad de componer un collage de textos, documentos, fotografías históricas, objetos banales y videos contemporáneos que puede ser leído con una claridad que no esquiva la complejidad. No sólo eso: ha sabido reunir, como habitantes de una misma narración, a héroes anónimos y vanguardias artísticas, a los situacionistas con Joseph Beuys y Goya, a Meireles, Oiticica y los zapatistas, a las Madres de Plaza de Mayo, a los republicanos españoles, a Michaux y a Alberto Korda. Y es en el apareamiento de las imágenes, en el modo en que las conjuga, donde aparecen las marcas de su autoría. Y también su picardía, pues

ninguno de los artistas de la exposición –y los hay muchos, y los hay grandes– logra la visibilidad que el curador adquiere en su muestra.

En ese sentido no hay clivaje sino continuidad entre sus numerosos ensayos y esta muestra en la que –como un coleccionista– decide mostrar al público sus tesoros. También la exhibición se convierte en un informe de avance de la investigación que lleva a cabo sobre el registro de las imágenes desde hace años.

Pero si en sus libros se trata de textos intercalados con algunas imágenes, el método se invierte aquí: imágenes, escandidas por apenas algunos textos, anuncios, epígrafes que organizan la exposición y a la vez la integran como si se tratara de un gran poema épico.

La iconoclastia de Didi-Huberman se muestra también –como suponía Flaubert que se mostraba el buen Dios– en los detalles. Por ejemplo, cuando decide mostrar en el museo una serie de cuatro fotos en pequeño formato: las imágenes del exterminio que los *Sonderkommandos* de Auschwitz tomaran furtivamente en Auschwitz. Fue a partir de esas fotos que el autor construyó su texto *Imágenes pese a todo*, en el que –en sacrílega polémica con Claude Lanzmann– defendía su derecho a trabajar con las imágenes de lo inimaginable, la Shoah.

Si hay un riesgo posible, quizás sea el de la hybris, el exceso. Aunque Didi-Huberman también provee el antídoto, pues su trabajo no pretende ser enciclopédico ni ambiciona una cartografía absoluta de los levantamientos: apenas una muestra, en todos los sentidos de la palabra.

Aunque también hay otra muestra en torno a la inauguración: el desfile de figuras que podrían aparecer en páginas de sociales de *Vogue* pero también en una película de Buñuel: artistas, coleccionistas llegados para la FIAC –la mayor feria de arte contemporáneo, a metros de allí–, la mítica Orlan, RomanPolanski, funcionarios y críticos, embajadores y custodios...

La participación argentina en la muestra curada por Didi-Huberman incluye imágenes de Hugo Aveta y Graciela Sacco, además de fotografías documentales de Eduardo Gil, Silvio Zuccheri y otras –tomadas en Francia a quienes reclamaban por los desaparecidos– de Henri Cartier-Bresson. La historia reciente del país convive así con grabados de Goya, litografías de Manet e impresiones de SigmarPolke, objetos de Joseph Beuys y volantes clandestinos que posibilitan –en el montaje que construye Didi-Huberman– lecturas inéditas y múltiples. La yuxtaposición y el

anacronismo –claves teóricas para apreciar la muestra– potencian y multiplican esas lecturas.

La exhibición se despliega a través de cinco grandes estaciones o capítulos en función de su agente y medio: elementos, gestos, palabras, conflictos, deseos. A través de esa organización, el curador deconstruye el acto que implica todo levantamiento. También evidencia las influencias de su trabajo. Cuando dice “entre la memoria y el deseo hay un lazo inquebrantable”, se adivina a Bloch y su “principio esperanza”. Cuando describe el modo en que el deseo atraviesa las imágenes, hundiéndose raíces en el pasado para inventar un futuro, alude al psicoanálisis, otra referencia ineludible de su trabajo, junto a Benjamin, Hanna Arendt y la mejor tradición del pensamiento crítico francés.

En continuidad con su gran muestra anterior en el Reina Sofía, *Atlas. ¿Cómo llevar el mundo a cuestas*, Didi-Huberman ha compuesto aquí una biografía de la insurrección, un retrato de “esas personas, que se ignoran” –cita a Borges– y que “están salvando el mundo”. Y si en aquella muestra madrileña inspirada en Warburg los latinoamericanos brillaban por su ausencia, en *Levantamientos*, en cambio, son legión.

Es que resulta imposible pensar en una suerte de historia universal de los levantamientos sin referencias a un continente que, para bien o para mal, ha alimentado tanto el deseo como la memoria de la insurrección. Por eso es justo que esta exhibición, una caravana detenida en la Place de la Concorde apenas por unos meses antes de partir en busca de nuevas interlocuciones, recale también en nuestras costas.

La muestra llegará a Buenos Aires en junio de 2017

"Soulèvements" estará hasta mediados de enero en el Jeu de Paume, París. Luego será exhibida en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, en Barcelona, y antes de itinerar por el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de México y la galería de la UQAM, Université du Québec, Montreal, podrá verse en Buenos Aires: de junio a octubre de 2017 en el Museo de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (MUNTREF).